

¿Nuevos movimientos sociales para una Europa en crisis?

Joan Subirats¹

Doctor en Ciencias Económicas y Catedrático de Ciencia Política
Universidad Autónoma de Barcelona

Índice: I. Introducción. En la transición entre dos épocas. II. Los movimientos sociales del siglo XXI. ¿Cuál es la novedad? III. ¿Qué nos sorprende de los novísimos? IV. Movimientos sociales e Internet. Cambios y continuidades. V. Resistencias y alternativas transestatales: nuevos movimientos en un nuevo espacio. VI. Elementos de conclusión y síntesis. VII. Referencias Bibliográficas.

Resumen: En este texto se presenta una panorámica de los nuevos movimientos sociales en Europa, surgidos en esta fase de crisis y de transición entre dos épocas. Unos movimientos sociales caracterizados por nuevas formas organizativas, menos estables y jerárquicas; más transgresoras y confrontativas; menos vinculadas a instituciones, partidos o sindicatos; más críticas con la política y los políticos convencionales. Unos movimientos inspiradores de acontecimientos y dinámicas movilizadoras que no podrían explicarse sin la existencia de Internet y sus derivados de información y comunicación, que permiten acciones conectivas de nuevo cuño. El surgimiento en Europa y en otras partes del mundo de esos nuevos procesos de movilización social nos invita a plantear, no solo nuevas respuestas a los nuevos y viejos problemas, sino que nos obliga asimismo a reformular las preguntas.

Palabras clave: Movimientos sociales, Internet y política, innovación democrática, crisis y política, política europea

Laburpena: Testuan, krisialdi eta bi aroren arteko trantsizio garai honetan sortutako Europako gizarte mugimendu berrien ikuspegi orokorra ageri da. Antolakuntza forma berriak ezaugarri dituzten gizarte mugimendu batzuk, egonkortasun eta hierarkikotasun txikiagokoak; urratzaileagoak eta borrokatzaileagoak; erakundeei, alderdiei edo sindikatuak ez hain lotuak; politika eta politiko konbentzionalekin kritikoagoak. Internet eta haren informazio nahiz komunikazio eratorriak izango ez balira (mota berri bateko konexio ekintzak ahalbidetzen baitituzte) ezinezkoak liratekeen gertaeren eta mobilizazio dinamiken inspirazio diren mugimendu batzuk. Europan eta munduko beste toki batzuetan gizarte mobilizazioko prozesu berri horiek agertzeak, arazo berri eta zaharretarako erantzun berriak iradoki ez ezik, galderak bestela egitera behartu ere egiten gaituzte.

Gako hitzak: Gizarte mugimenduak, Internet eta politika, berrikuntza demokratikoa, krisia eta politika, europar politika.

Abstract: *This text provides an overview of the new social movements in Europe, emerged in this phase of crisis and transition between two eras. Social movements characterized by new organizational*

¹ Director del Programa de Doctorado “Políticas públicas y transformación social” del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas de la misma universidad.

forms, less stable and hierarchical; more transgressive and confrontational; less tied to institutions, parties or unions; more critical of conventional politics and politicians. Movements that inspire mobilizing events and dynamics that cannot be explained without the existence of the Internet and its information and communication derivatives that allow new kinds of connective actions. The rise in Europe and elsewhere of these new processes of social mobilization not only invites us to give new answers to new and old problems, but also forces us to rethink the questions.

Keywords: *Social movements, Internet and politics, democratic innovation, crisis and policy, European policy.*

I. Introducción. En la transición entre dos épocas

El diagnóstico sobre lo que está aconteciendo se queda corto si lo reducimos a una crisis grave, pero coyuntural. El conjunto de cambios y transformaciones por el que estamos transitando en Europa nos obliga a ser al mismo tiempo más cautos y más resolutivos. Cautos para evitar caracterizar como una crisis más un proceso que nos está cambiando la forma de vivir. Resolutivos para entender que no podemos limitarnos a resistir esperando que escampe, ya que tan importante es modificar las respuestas a lo que acontece, como las preguntas de partida. Es sin duda más correcto describir la situación actual como la de transición o de “interregno” entre dos épocas (Bauman, 2012). Las alteraciones son muy significativas en el escenario económico y laboral, pero también en las esferas más vitales y cotidianas. Pero, lo más llamativo es que existen discontinuidades sustantivas entre lo que hacíamos y vivíamos y lo que estamos haciendo y viviendo. La creciente globalización mercantil, informativa y social, traslada problemas e impactos a una escala desconocida. Somos más interdependientes en los problemas, y tenemos menos vías abiertas y fiables para la búsqueda de soluciones colectivas en cada uno de los lugares o países.

En medio de esa gran sacudida, la política institucional, las políticas y las administraciones públicas europeas parecen, en general, seguir a su aire, afrontando esa gran transformación como si lo que aconteciera fuera algo meramente temporal o el fruto de un designio que se les escapa. Resulta indudable que estamos situados en una sociedad y en una economía más abierta. Una economía y una sociedad más interdependientes a nivel global. Más parecidas globalmente, pero más diversificadas también en cada espacio. Sin embargo, la política institucional, las políticas y las administraciones públicas siguen en buena parte ancladas en la lógica que sintetizó Jellinek (1978): territorio, población, soberanía. Unos vínculos territoriales y de población que fijan competencias y marco regulatorio, pero que hoy resultan muy estrechos para abordar lo que acontece. Una soberanía puesta en cuestión cada día por todo tipo de poderes que transitan y fluyen por los intersticios políticos, competenciales y administrativos. Unas instituciones europeas, unos Estados, unos poderes públicos, en los que los actores tradicionales (partidos, sindicatos, patronales, entidades sociales,...) ven disputado su lugar y su labor de intermediación por nuevos interlocutores, por movimientos y acontecimientos poco rastreables y reconocibles.

Si bien todo ello es fruto de muchos elementos concomitantes, el escenario que muy esquemáticamente acabamos de dibujar, creemos que sería totalmente impensable sin el sustrato de **la gran transformación tecnológica que altera todo y que, al mismo tiempo, parece hacerlo todo posible**. Lo que quizás, de momento, no tenemos tan claro es si esa transformación tecnológica implica simplemente hacer mejor lo que ya hacíamos pero con nuevos instrumentos, o implica entrar en cambios mucho más profundos y significativos. Lo que viene aconteciendo en los últimos meses confirma que los efectos del cambio tecnológico van a ir mucho más allá de sus ya importantes impactos en la producción, movilidad y el transporte, o en la potenciación de la deslocalización. La financiarización espectacular del sistema económico, a caballo de la conectividad global, es determinante para explicar la situación económica actual y tiene evidentes conexiones con la creciente deslegitimación de las instituciones representativas en muchos países, o con las evidentes dudas que genera la

actual situación del proceso de construcción europea. Pero todo ello, aun siendo importante, no sirve para determinar la profundidad de los cambios en curso.

La transformación tecnológica se ha ido extendiendo y ha llegado tanto a la esfera personal como a la esfera colectiva, modificando conductas, formas de vivir y de relacionarse. No hay espacio hoy día en el que Internet no tenga un papel significativo y esté transformando las condiciones en que antes se operaba (Benkler, 2006). Y ello opera y afecta, sobre todo, a las instancias de intermediación que no aportan un valor claro, más allá de su posición de delegación o intermediación, desde (por poner ejemplos) las agencias de viaje a las bibliotecas, de la industria de la cultura a los periódicos, desde las enciclopedias a las universidades, desde los partidos políticos o sindicatos a los parlamentos. Es evidente que la proliferación y generalización de Internet en el entorno más personal, lo han convertido en una fuente esencial para relacionarse, informarse, movilizarse o simplemente vivir. Como resultado de todo ello, los impactos han sido y empiezan a ser cada vez más significativos también en los espacios colectivos de la política y de las políticas, así como en la caracterización de sus protagonistas.

En relación al amplio despliegue de la intervención pública en los campos social y económico, y su concreción en el abanico de políticas públicas existente, deberíamos referirnos a sus orígenes y a su actual situación, en la que se pone en duda su viabilidad y continuidad. Recapitulando, es bien sabido que a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX la propia transformación del sistema económico se acompañó, no sin tensiones y conflictos de todo tipo y dimensión, de la transformación democratizadora del sistema político. Podríamos decir que en la Europa occidental, y tras el muy significativo protagonismo popular en el desenlace de las grandes guerras, se consigue llegar a cotas de democratización política desconocidas hasta entonces y, no por casualidad, de participación social en los beneficios del crecimiento económico en forma de políticas sociales, iniciadas a partir de los inicios del siglo XX y consagradas a partir de 1945 en la forma de Estado de Bienestar.

Democratización y redistribución aparecen en Europa desde entonces conectadas, gracias al mecanismo excepcional de regulación del orden mercantil que significaron las políticas fiscales, justificado por la voluntad política de garantizar una cierta forma de justicia social a los más débiles. Ese modelo, en el que coincidían ámbito territorial del Estado, población sujeta a su soberanía, sistema de producción de masas, mercado de intercambio económico y reglas que fijaban relaciones de todo tipo, desde una lógica de participación de la ciudadanía en su determinación, adquirió dimensiones de modelo canónico y aparentemente indiscutido en el mundo occidental en general y en el escenario europeo en particular.

En ese contexto, las administraciones públicas vieron muy ampliadas sus funciones, sus efectivos y su ámbito de intervención. A medida que aumentaba la agenda de intervención de los poderes públicos, crecía también el número de personas que prestaban servicios en sus administraciones, las normas y los procedimientos vinculados a esas intervenciones y el interés por relacionar la importante cifra de recursos en que se basaba esa capacidad de acción y los resultados conseguidos. Los actores de la escena pública eran muchos y variados. Desde partidos políticos a sindicatos. Desde patronales a entidades del Tercer Sector. Desde movimientos sociales organizados a los medios de comunicación. Y era en ese entramado de actores donde se “cocinaban” decisiones y políticas, donde se establecían alianzas y compromisos. Las instituciones europeas reprodujeron, a otra escala,

esa misma lógica, articulando en Bruselas un importante conglomerado de intereses y de actores que los representaban.

En los últimos años, como bien sabemos, muchas cosas han cambiado al respecto. Los principales parámetros socioeconómicos y culturales que fueron sirviendo de base a la sociedad industrial están quedando atrás a marchas forzadas y buena parte de los instrumentos de análisis que nos habían ido sirviendo para entender las transformaciones del Estado liberal al Estado fordista y keynesiano de bienestar, resultan ya claramente inservibles. Y ha sido entonces cuando hemos visto argumentar, de forma crecientemente significativa, que esas estructuras de redistribución no se basaban en criterios compartidos de justicia social ni en un consenso sobre los derechos fundamentales, sino simplemente en la existencia o no de partidas presupuestarias disponibles, una variable muy frágil en plena crisis de fiscalidad. Una situación nueva para la Europa que se construyó en la segunda mitad del siglo XX, pero muy presente en otras partes del mundo.

En efecto, estos cambios han puesto de relieve la gran complejidad con que se encuentran los poderes públicos para responder a los nuevos retos y dilemas. El mercado y el poder económico subyacente se han globalizado, mientras las instituciones políticas, y el poder que de ellas emana, siguen en buena parte anclados al territorio. Y es en ese territorio donde los problemas que generan la globalización económica, así como los procesos de individualización se manifiestan diariamente. La fragmentación institucional aumenta, perdiendo peso el Estado hacia arriba (instituciones europeas y supraestatales), hacia abajo (procesos de descentralización, “devolution”, etc.), y hacia los lados (con un gran incremento de los partenariados públicos-privados, con gestión privada de servicios públicos, y con creciente presencia de organizaciones sin ánimo de lucro en el escenario público).

Al mismo tiempo, comprobamos cómo la lógica jerárquica que ha caracterizado siempre el ejercicio del poder no sirve hoy para entender los procesos de decisión pública, basados cada vez más en lógicas de interdependencia, capacidad de influencia y poder relacional, pero cada vez menos en estatuto orgánico o en ejercicio de jerarquía formal. Se ha ido poniendo de relieve que el Estado no es ya la representación democrática única e indiscutida de un conjunto de individuos, sino un simple actor más en el escenario social. Un actor más, y muchas veces no el más fuerte, en la dinámica del mercado global. Un actor que resulta cada vez más condicionado y limitado en su capacidad de acción por la creciente colusión de sus políticas con los intereses privados (Crouch, 2004). Y ello genera problemas de déficit democrático o de “sociedad alejada” (Walzer, 2001) como ya constataba la Unión Europea en su “Libro Blanco sobre la Gobernanza” (2000). Una sociedad que se aleja de la política institucional, entendiéndola crecientemente como parte del problema, y no sólo como parte de la solución. Una sociedad que ve multiplicarse actores y protagonistas, surgidos de una dinámica de redes e interacciones que poco tienen que ver con las formas organizativas propias de la sociedad fordista y de clases.

Es en ese nuevo contexto en el que hemos de situar el debate sobre los posibles efectos que Internet está teniendo y puede llegar a tener en el funcionamiento de poderes, administraciones públicas e interacción social. ¿Se trata simplemente de un nuevo instrumento que agiliza, refuerza y permite hacer mejor las tareas que ya se realizaban? ¿O, más precisamente, es el conjunto de los cambios expuestos (y que Internet encarna) lo que estaría provocando

la ruptura con muchos de los fundamentos en que se basaba la delegación representativa en el campo político, la intermediación administrativa en el campo de la gestión o la acción colectiva en el campo de la interacción social?

Pretendemos aquí aportar elementos que permitan repensar los formatos y las modalidades de acción colectiva, y su expresión en los procesos de movilización social. Estamos transitando desde la época del fordismo y la sociedad de clases, hacia un nuevo escenario de movimientos y de política en red, en el que las funciones de intermediación y movilización están sometidas a dinámicas de cambio y transformación en una Europa convulsionada. **¿Cuál es el papel de los movimientos sociales? ¿Cómo son los nuevos movimientos sociales?** Los movimientos sociales han estado siempre presentes en la historia social y política contemporánea, pero surgen ahora formas nuevas de movilización social, poco encuadrables en los esquemas que veníamos utilizando. En algunos casos, además, esas formas de movilización y de agitación social se configuran, aún de manera contradictoria y poco estable, como alternativas globales a los nuevos escenarios económicos y tecnológicos. Los acontecimientos de Seattle, Praga o Génova hace unos años fueron ya significativos. Pero ahora, con los ejemplos de la llamada “Primavera árabe”, el 15M y sus secuelas, las dinámicas de “Tea Party” y “Occupy” en Estados Unidos o “Yo soy 132” en México, algo nuevo parece estar aconteciendo. En Europa, observamos también la aparición de nuevos fenómenos de movilización antipolítica (“Cinque Stelle” de Beppe Grillo en Italia), o de lógicas insolidarias e incluso xenófobas en relación a los inmigrantes (como es el caso de “Aurora Dorada” en Grecia). En todos estos casos, la conexión entre crisis, movilización y uso de las redes sociales, está más que demostrado. Trataremos de incorporar a ese escenario, confuso y problemático, algunos elementos de análisis dentro del contexto de una Europa en transformación.

II. Los movimientos sociales del siglo XXI. ¿Cuál es la novedad?

Los movimientos sociales han sido y son, junto a partidos y grupos de interés, un ejemplo de lo que podríamos denominar como actores políticos colectivos. Pese a su extrema variedad, los movimientos sociales han compartido con partidos y grupos la *participación voluntaria* de sus miembros, la relativa *estabilidad* de su actividad, una *comunidad de objetivos*, una línea de *acción coordinada* y la *intervención en el ámbito público*, con voluntad de incidencia en un conflicto social. Con todo, ha sido siempre preciso diferenciar los movimientos sociales del resto de actores, sobre la base de diversos criterios. Una primera característica es su estructura organizativa, más bien débil y fluida. Por otro lado, el discurso que han ido desarrollando ha sido tradicionalmente transversal, es decir, alejado de los aspectos institucionales y más destinado a generar identidades y a movilizar sobre temas variados e interconectados. De esta manera, su ámbito de acción predominante ha sido más bien extra-institucional, generando espacios de conflicto frente a valores dominantes, y su repertorio de actividades se ha caracterizado por alejarse de los mecanismos o instrumentos convencionales.

Tenemos, por tanto, un mínimo común denominador que define a los actores políticos colectivos, y hemos señalado las características que distinguen a los movimientos sociales de los demás. Los interrogantes aparecen cuando se pregunta qué distingue a los movimientos

sociales que hoy emergen respecto de los que un día fueron asimismo llamados “*nuevos*” *movimientos sociales* cuando aparecieron en Europa Occidental y los Estados Unidos a finales de la década de los sesenta y durante los setenta, **fruto de la “revolución cultural” de aquellos tiempos**. Ésta es la cuestión que va a vertebrar este trabajo y que abordaremos atendiendo a las transformaciones en la acción colectiva, en las formas de organización y en el discurso.

Antes de todo ello, sin embargo, creemos que para entender mejor nuestro objeto de análisis, es decir, los “*nuevamente nuevos*” *movimientos sociales*, no sólo cabe fijarnos en éstos. También es necesario observar los cambios que ha experimentado recientemente la política convencional y, sobre todo, la relación entre los ciudadanos y los partidos políticos.

Cuando se pregunta a la mayoría de la gente (y sobre todo a los más jóvenes) sobre su interés por la política institucional, la respuesta suele ser más bien descorazonadora: se muestran muy poco interesados, la opinión sobre esta actividad es negativa y la reputación de los políticos profesionales está en cotas muy bajas. Lo mismo ocurre si se les pregunta sobre su percepción de los partidos políticos.

Ante ello cabe preguntarse si a las nuevas generaciones no les interesa la política o si lo que no les interesa es la política convencional e institucionalizada que hoy ofrecen los partidos políticos electorales. ¿Qué ha ocurrido para llegar a esta situación incluso en países como los europeos donde sus ciudadanos gozan de unos niveles de bienestar material impensables hace sólo un par de décadas? Posiblemente la respuesta pase por analizar la progresiva mutación de las funciones y del discurso de aquellos actores que han tendido a mediatizar o intermediar casi con exclusividad la relación entre los ciudadanos y la administración, a saber, los partidos políticos.

Los partidos políticos desde su aparición hasta los años setenta del siglo pasado respondieron, entre otras cuestiones, a la necesidad de ofrecer a sus afiliados una identidad que se vinculaba a un espacio de solidaridad, unas actitudes, unos códigos y unos símbolos determinados. En este sentido, durante una buena parte de su historia los partidos absorbieron y satelizaron otras formas de participación (como por ejemplo diversas prácticas asociativas), que sólo se legitimaban por el hecho de vincularse a una organización partidaria.

Estos partidos de naturaleza “*integrativa*” no sólo pedían el voto o exigían el pago de la afiliación, si no que desarrollaban también una notable influencia en todas las esferas de la vida cotidiana, elaborando identidades colectivas y focalizando aquellos temas que “*tenían*” que estar en la agenda política, “*ordenando*” el debate desde sus mismas raíces. Con ello los partidos ofrecían recursos de identidad tanto a sus élites como –y sobre todo– a sus bases. En la Europa del siglo XX, estos partidos de masas generaban una especie de mundo *rojo* o *blanco* donde no sólo se definían las cuestiones políticas, de solidaridad o apoyo mutuo, sino que también elaboraban la identidad de los “*camaradas*”, en la que éstos se reconocían y eran así percibidos por el resto de la sociedad.

Si comparamos lo descrito con la realidad partidaria de hoy, es fácil observar cómo los partidos tradicionales y hegemónicos en Europa se han ido separando de la sociedad y concentrando su atención en lo que diversos teóricos califican como “*tareas eficientes*” de la política representativa, es decir: intentar atraer la voluntad mayoritaria de la población, reclutar élites, administrar recursos, formular y llevar a cabo políticas públicas, organizar elecciones periódicas y simbolizar la autoridad. Es posible afirmar por tanto, que, cada vez

más, los partidos han ido abandonando su anterior faceta “*integrativa*” para volcarse en las cuestiones institucionales. Por todo ello hoy la participación política cotidiana de los que no forman parte de ese mundo, el surgimiento de nuevos temas o inquietudes, la generación de identidades y la movilización de los ciudadanos son tareas que se han desplazado hacia otro tipo de actores políticos colectivos con más vocación socializadora, y cuya actividad gravita sobre aquellas cuestiones que podríamos pensar como “no eficientes” de la democracia representativa. Los nuevos debates, inquietudes, identidades, proyectos y malestares cotidianos se han ido desarrollando a espaldas de la dinámica partidaria. Así, las fracturas y los conflictos se han ido redefiniendo a través de preferencias individuales sobre temas específicos que, probablemente, no coinciden con los dilemas habituales presentes en el sistema de partidos ni en el debate electoral y, como resultado de todo ello, se ha ido fragmentado el discurso político.

La dinámica expuesta ha dado como fruto dos fenómenos en apariencia opuestos. Por un lado el incremento de la distancia, apatía y cinismo de los ciudadanos frente a la actividad política en general (y partidaria en particular); y, por otro, la revitalización de espacios de activación que canalizan el interés por lo público a partir de una lógica movimentista: no convencional, con escasos contactos institucionales, sin una organización rígida, con un discurso de fuerte contenido ético y con una notable carga identitaria. Como ya hemos señalado, ello no impide que en esa misma Europa se den fenómenos de movilización antipolítica o de contenido insolidario, con lenguaje “políticamente incorrecto” que no encontraba su lugar en la política institucional al uso.

De esta forma una posible hipótesis a desarrollar es que el vacío que poco a poco han ido dejando los partidos políticos ha ido siendo ocupado por un archipiélago de organizaciones sociales que, por convención, llamaremos movimientos sociales. Unos movimientos *de nuevo tipo* que, en oposición a los que emergieron en los años sesenta y setenta (que, en gran medida, mantenían sólidos vínculos con el ámbito partidario y que no quebraban la lógica integrativa e identitaria de la militancia de los partidos políticos) hoy gozan de una creciente autonomía en la adopción de referentes organizativos, actitudinales y simbólicos y que, según diversos autores, han desarrollado una gran capacidad de generar identidades colectivas, presionar a las instituciones y formular demandas a la administración. **Y lo hacen desconfiando de cualquier concentración de poder, sin admitir fácilmente “cúpulas” o “estados mayores”, y prefiriendo mecanismos de decisión-actuación básicamente descentralizados, que se ven favorecidos por los nuevos medios tecnológicos de información y comunicación.**

III. ¿Qué nos sorprende de los novísimos?

A la hora de ahondar en el tema de la acción colectiva cabe señalar que cada grupo tiene una historia (y una memoria) propia de la acción colectiva, pues la gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce, ya que, en el fondo, la rutinas son productos culturales que –aunque evolucionan– tienden a ser difíciles de cambiar. A pesar de ello, uno de los activos más importantes de los movimientos anti-globalización ha sido su continuada

creatividad para generar nuevas formas de acción colectiva con las que comunicar y transmitir demandas, generar solidaridad e identidad entre sus miembros y, sobre todo, desafiar a sus adversarios.

En este sentido, los movimientos que hoy centran nuestro interés han incorporado al “repertorio” de acción colectiva tradicional formas nuevas que al ser aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas han terminado por integrarse a la cultura movimentista. En esta dirección cabe destacar la incorporación de las nuevas tecnologías como Internet (que supuso la aparición de la primera “guerrilla virtual” ubicada en las profundidades de la selva Lacandona y con ésta cientos de Comités de Solidaridad con Chiapas y los zapatistas), o la convocatoria de miles de jóvenes en las ciudades donde se celebran foros internacionales con el objetivo de bloquearlos, tal como se observó en Seattle, Washington, Praga, Niza o Davos donde gentes disfrazadas de tortugas ninja, árboles, o vestidos de *tutte bianchi* actuaban como “nubes de mosquitos” o “enjambres” en los accesos de los edificios donde se desarrollaban las convenciones o en los hoteles en que se alojaban los funcionarios internacionales.

Pero, para que esta acción tuviera trascendencia, estos movimientos sociales han tenido que generar una relación simbiótica con los medios de comunicación de masas (con todas sus ventajas e inconvenientes) pues a menudo éstos sólo se preocupan por la acción concreta que realiza un movimiento y no por las razones que lo motivaron. Así, como resultado de esta dinámica, la mayoría de movimientos presentes en el tejido social han experimentado los efectos de la lógica de los *mass media* en sus repertorios de acción colectiva (en este sentido Greenpeace es un ejemplo paradigmático). Una vez convencidos que el éxito o el fracaso de la protesta está condicionada por el interés que muestren los medios sobre ella no cabe duda que la organización, el repertorio, el discurso y la simbología de los movimientos se ha adaptado a la nueva realidad mediática tal como lo ejemplifican alguna de las acciones paradigmáticas de los últimos años: las acciones propagandísticas típicas de Greenpeace; el hecho de que la mayoría de los manifestantes en las cumbres de Praga o Washington estuvieran disfrazados o dieran un tono festivo a la convocatoria; que la *Confédérations Paysanne* inundara los Campos Elíseos de París con ovejas; o el creciente uso de los videos sorpresa, los *flashmobs* o acciones de guerrilla que después se divulgan en “You Tube” y en las redes sociales.

En cuanto a tamaño y organización, los movimientos sociales –desde siempre pero sobre todo hoy– sólo son grandes en un sentido meramente nominal ya que en realidad se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones. Por eso cuando se analiza el movimiento *contra la deuda externa*, las redes ecologistas, el *zapatismo*, o los más recientes fenómenos de 15M u Occupy su estudio no puede circunscribirse a las organizaciones que los lideran o impulsan (el llamado núcleo duro o emprendedor).

Es importante también observar el entorno del que fluyen los militantes que acaban nutriendo estos movimientos. El entorno lo configuran lo que podríamos denominar ámbitos sociales de micro-movilización (que algunos autores llaman también *comunidades de acción colectiva crítica*, CACC), que es donde se establecen los vínculos a partir de los cuales la gente se compromete, genera lazos y decide emprender determinadas movilizaciones. Pero, para entender la forma de proceder de estos movimientos, no basta con localizar esas comunidades o CACCs, es asimismo necesario estudiar aquello que hace posible la aparición de

coaliciones sociales holgadas que ponen en marcha amplios ciclos de movimiento. Lo que parece estar en juego es el dilema de crear organizaciones que sean suficientemente firmes como para resistir a los que se opongan a su desarrollo, pero al mismo tiempo lo bastante flexibles como para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de sus bases, en un contexto en el que generalmente no existe un cuadro permanente de activistas (con constantes bifurcaciones o *fork*). Es en ese contexto en el que se han señalado las ventajas que ofrecen las nuevas tecnologías a ese peculiar entorno organizativo.

En efecto, es ya un lugar común exponer que hoy la mayor parte de movimientos sociales del mundo utilizan Internet como una forma privilegiada de acción y de organización. Y si bien muchos pensaban que Internet era simplemente un instrumento, ahora sabemos que es la base de un nuevo escenario de relaciones sociales, en el que cada vez tenemos más **acción conectiva**. Un tipo de movilización que permite flexibilidad y temporalidad de la acción, manteniendo al mismo tiempo un carácter de coordinación y una capacidad de debatir los distintos enfoques de esa movilización (por ejemplo a través de herramientas como los PAD o los wiki). Permite también la difusión extensiva de códigos culturales y de valores a través de la transmisión instantánea de ideas en un marco que posibilita la coalición y la agregación. Y permite finalmente proponer estrategias de resistencia a temas globales en ámbitos o sociedades locales, sin peligro de aislamiento. Es importante asimismo destacar que Internet permite convertir en relevantes las experiencias cotidianas en el resto del mundo y hacer posible su articulación con muchas otras protestas que acaban aterrizando en algún lugar del mundo (Seattle, Washington, Praga, Barcelona, Niza, Madrid, Lisboa o Atenas) (Castells, 1998).

Pero no por ello pensamos que pueda afirmarse que las comunidades son producto de Internet. Este es un nuevo escenario que desarrolla y multiplica posibilidades, y que va cambiando comportamientos. Internet amplifica y potencia las conductas a partir de lo que son, pero asimismo genera nuevas realidades y articulaciones. Una de las constataciones descubiertas, cuando se ha intentado medir qué influencia tiene Internet sobre la sociabilidad, es que se ha encontrado algo que contradice los mitos sobre la *web*. Es lo que se llama “cuanto más, más...”, es decir, cuánta más red social real o física se tiene, más se utiliza Internet; y cuanto más se utiliza Internet, más se refuerza el entramado de relaciones sociales, la red física que se tiene. Es decir, que hay personas y grupos de fuerte sociabilidad en los que es correlativa la sociabilidad real y la virtual (Castells, 2000). En este sentido, si bien es importante tener en cuenta a la red virtual para comprender los movimientos sociales contra la globalización y para una sociedad más justa, es necesaria previamente la existencia de unos “valores” de los que éstos partan. Internet no creó al *Subcomandante Marcos*, al *Movimiento de Resistencia Global*, a *Public Citizen* a *Human Rights Watch* o al *15M*, pero sin Internet éstos nunca hubieran sido lo que hoy son.

Finalmente, es preciso observar a estos movimientos como *generadores de discurso* ya que la movilización depende de “concepciones” compartidas. Los agravios e injusticias sociales por sí solas no son suficientes para el inicio de la acción política, sino que tiene que existir una conciencia de la situación y un discurso social que lo relacione con determinadas políticas. En esta dirección es necesario un discurso que cumpla tres funciones. La primera es la de *diagnóstico*: explicar la realidad a través de determinados valores que visualicen los agravios. La segunda es la de elaborar un *pronóstico* optimista en caso de que medie una

acción colectiva. Y la última tarea es la de *motivar* a los individuos para que se movilicen.

El “nuevo” discurso pretende impactar en la acción colectiva como un dispositivo que *redefine como injusto lo que previamente era considerado desafortunado*, ya que una tarea fundamental de los movimientos sociales es convencer de que las indignidades de la vida cotidiana no responden a un designio fatal, ni están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a alguna política, autoridades o grupo de interés, y que por tanto pueden cambiar por medio de la acción colectiva y la acción conectiva.

En este sentido cabe definir a los movimientos sociales como agentes que, por un lado, desafían un discurso dominante que tiende a considerar como inevitable o imposible de modificar la realidad circundante; y que, por otro, pretenden movilizar a determinados sectores de la sociedad. No les preocupa tanto conquistar parcelas de poder, como manifestar y canalizar la resistencia al control social, la resistencia a visiones hegemónicas de formas de vida convencionales. Una buena ejemplificación de ello la tenemos en la *Red Ciudadana para la Abolición de la Deuda Externa* (RCADE) que convocó a la ciudadanía a una Consulta Social. Para ello la RCADE partió de un discurso que exponía un mundo dividido entre un Norte poderoso y un Sur dependiente, donde los países del Norte concentran la riqueza y controlan las instituciones multilaterales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional) que dictan las políticas que impiden el desarrollo de los países del Sur. Lo que la RCADE generó fue una visión del “estado del mundo” a través de un diagnóstico donde la actitud de las autoridades del Norte es una de las razones de la situación de miseria que vive la mayoría de los habitantes del Sur. Y que, por tanto, la miseria que hoy padece el 68% de la población del planeta no era una fatalidad, sino el fruto de un orden que puede cambiarse si se lucha en la dirección adecuada. La propuesta sugería la participación en la Consulta Social para la Abolición de la Deuda Externa celebrada el 12 de marzo de 2000 como un primer paso en esa dirección. En este sentido la RCADE interpretó la realidad (a través de un mundo dividido entre Norte y Sur), hizo un diagnóstico (la necesidad de cambiar las políticas de dominio del Norte para con el Sur) y expuso medidas concretas (la abolición de la deuda) que sólo podían conseguirse a través de movilizar a la ciudadanía. Más adelante nos referiremos al 15M como ejemplo más reciente de procesos similares.

Muchas veces se afirma que ese tipo de movilizaciones son muy arriesgadas, sirven para muy poco o que acaban provocando efectos contrarios a los que se buscaban. Es lo que Hirschman (1991) denomina como “*retórica intransigente*”. En efecto, la retórica intransigente apela a tres temas fundamentales: el riesgo, la futilidad y los efectos perversos. El riesgo supone exponer que cada vez que intentamos cambiar algo se corre el riesgo de perder lo que ya se tiene, y que, por tanto, la inactividad es la postura más prudente, puesto que el riesgo de perder lo acumulado es mucho más previsible que las posibles ganancias. La futilidad expresa que no existen oportunidades de cambio y, desde esta óptica, cualquier tipo de acción no es sino una pérdida de tiempo y recursos. Y los efectos perversos están relacionados con la idea de que cualquier tipo de actuación pensada para el cambio no hará sino empeorar las cosas. Es a esa “retórica intransigente” a la que se debe contraponer una “retórica de la movilización”.

Los activistas de los movimientos sociales para responder a esa retórica reactiva, recurren a una retórica optimista del cambio que apela a la urgencia a través de frases como: “si no

actuamos ahora cada vez será más difícil conseguir cambios”. Se trata de exponer que la acción tiene sus riesgos, pero que permanecer inactivos es mucho más arriesgado aún. Ese es el mensaje de los ecologistas de *Greenpeace* o de *Ecologistas en Acción* al exponer que movilizarse tiene sus costes, pero que restar pasivos ante este ritmo de depredación planetaria puede acabar suponiendo la debacle. Y lo mismo ocurre con el estallido de la crisis con movimientos como el 15M u Occupy con su eslogan del 99%. Obviamente, quienes elaboran el discurso movilizador sobreestiman la existencia de oportunidades políticas. Es decir, generan prejuicios sistemáticamente optimistas semejantes al fenómeno de ver siempre “la botella medio llena”. Pero de hecho, sólo las percepciones poco realistas de lo que es posible pueden alterar lo que aparece como estancadamente posible. Los activistas juzgan razonable enarbolar una frase como esta: “¡lo conseguimos porque no sabíamos que era imposible!”

IV. Movimientos sociales e Internet. Cambios y continuidades

¿Cómo ha incidido en ello el gran cambio tecnológico y social que supone la gran generalización de Internet y de las redes instantáneas de comunicación y difusión personalizadas? Nos hemos referido ya a ello, pero queremos ahondar en el tema, dada su actualidad y creciente significación. La política ha ido sufriendo los impactos de los cambios tecnológicos y sus estructuras de relación entre instituciones y ámbitos de decisión y el conjunto de la población han ido cambiando a medida que se modificaban los instrumentos y las dinámicas sociales que esos cambios tecnológicos generaban. Cabe sólo recordar lo que ocurrió con la prensa escrita, con la radio, con la televisión, etc., que fueron obligando a cambiar o propulsaron cambios en las organizaciones políticas y en los mecanismos de relación entre instituciones y ciudadanía. Todo ello, en plena sociedad industrial, en pleno proceso democratizador del Estado Liberal, y con avances y retrocesos en el acceso social a esos medios.

Hoy, en Europa especialmente, estamos dejando atrás la sociedad industrial tal como la conocimos, con sus pautas laborales y sus dinámicas económicas. Y el cambio tecnológico está propulsando con gran rapidez cambios en todas las esferas vitales. No podemos pues equivocarnos, y confundir Internet y las TICs con nuevas versiones de los antiguos instrumentos de comunicación. Es otro escenario social. Un escenario que algunos han calificado como de “Tercera revolución industrial” (The Economist, 21-04-2012).

Una de las características más significativas de las nuevas sociedades en las que Internet y las TIC ganan terreno y se desarrollan es la creciente aparición y existencia de espacios de autonomía y de redes relacionales nuevas, en las que florecen comunidades plurales, que hacen de su especificidad o de sus micro o macro identidades su punto de referencia. La explosión de comunicación y de hiperconectividad que ha supuesto el afianzamiento de las TIC ha facilitado y facilita esa continua emergencia, y permite una reconstrucción de la política desde parámetros distintos a los habituales.

Estamos asistiendo al surgimiento de una sociedad en la que la relación forma parte intrínseca de la comunicación, y no es un mero resultado de esta última, ni siquiera una especie de subproducto de la misma. Los dos elementos clave son la creciente subjetividad o individualización de los actores (que no forzosamente desemboca en el individualismo) y

la enorme facilidad de comunicación que generan las TIC. En ese contexto se da una gran demanda de autonomía (que va más allá del esquema libertad-control tradicional de la sociedad moderna), surgen mercados alternativos, aparecen nuevas redes y agregados sociales, y emergen nuevas culturas que hacen de la diferencia su valor añadido. En la perspectiva tradicional (que recorre las estrategias anteriormente examinadas), las instituciones públicas parten de un concepto de libertad y de participación muy vinculado a la libertad y al ejercicio del voto, mientras el control se relaciona con el cumplimiento de unas leyes emanadas de esa voluntad popular expresada con el mecanismo representativo. En el nuevo contexto social que estamos describiendo, la libertad se basa en una idea de intercambio que parte de la reciprocidad, mientras el control se confía a las propias reglas del intercambio asociativo.

En ese contexto Internet y las TIC son, simultáneamente, los factores fundamentales que explican esa nueva realidad y el marco natural que permite su desarrollo, autonomía y sus constantes posibilidades de innovación y articulación. Gracias a las TIC es posible empezar a hablar de pluralismo reticular o de promoción o potenciación de la autonomía social capaz de generar singularidad, reciprocidad y comunidad al margen de las medidas uniformizadoras y de los derechos abstractos de ciudadanía. Surge, en ese marco, una forma específica de ciudadanía social que encuentra sus propios valores en la urdimbre asociativa y cívica que se va tejiendo, más allá de una respuesta instrumental a problemas de sostenibilidad de las políticas de bienestar que es como se ve a las ONG's muchas veces desde las insuficiencias actuales de los Estados en relación a esas políticas. Vivimos en un mundo común, una ciudadanía comunitaria, territorializada o no, que cuenta con las grandes potencialidades y ventajas de desarrollarse en el marco cada vez más consolidado de la sociedad de la comunicación.

La política, en ese escenario, se vuelve más difusa, adquiriendo características diferentes en cada ámbito, al no poder seguir considerándose monopolio del Estado o coto cerrado de los organismos públicos. Las instituciones políticas no ocuparían ya el centro o el vértice de las condiciones de ciudadanía, de bienestar. Por debajo y en su periferia, se ha ido tejiendo una urdimbre cívica, fundamentada en las lógicas y los bienes relacionales. Es precisamente este aspecto autónomo y relacional lo que caracterizaría el nuevo tejido social. Unas características que, al mismo tiempo, le dan ese carácter fragmentario, de multiplicación de grupos aislados, en el que puede resultar difícil articular o reconocer una "sociedad" como tal. En tal fragmentación, llena de potencialidades y de posibilidades, puede resultar difícil reconciliar pluralismo con justicia, diversidad con pertenencia o democracia con diferencia. Por otro lado, no podemos caer en un ciberoptimismo ingenuo y, conviene recordar, que el peso de las organizaciones públicas y mercantiles en la red es muy significativo, y genera y puede generar nuevas jerarquías, controles y monopolios. A pesar de ello, lo cierto es que, a la sombra de las TIC, crece en Europa sin parar la realidad y el entramado cívico y asociativo, haciendo surgir nuevas comunidades reales o virtuales, desarrollando nuevas identidades, nuevos espacios o esferas públicos, incrementando la deliberación política y reforzando las nuevas autonomías sociales.

El movimiento del 15M en España y sus secuelas posteriores, no pueden explicarse fuera de ese contexto. Los acontecimientos del 15M no pueden calificarse ni de inesperados ni de sorprendentes, ya que sus bases existían desde hacía tiempo, y los nodos sobre los que se han asentado estaban en buena parte establecidos. Pero sí que ha sido inesperado y sorprendente el

gran seguimiento que ha tenido por parte de personas que se han visto de golpe interpeladas y representadas por un conjunto de personas que expresaban su indignación y rechazo por lo que estaba ocurriendo y por lo poco que hacían los que se llamaban representantes políticos para defender sus derechos y condiciones vitales. De alguna manera, han coincidido la emergencia de un conjunto de redes que confluyen después de varias “movidas”. Algunas algo alejadas pero significativas, como las de la alterglobalización. Otras más próximas en el tiempo y más fundamentadas en las redes sociales, como las de “V de Vivienda” o las movilizaciones contra la “Ley Sinde”. De esos mimbres surge una dinámica que se nuclea en torno a lo que fue la convocatoria del 15 de mayo del 2011 y que supo recoger y convocar a mucha gente que, de manera individual, social y familiar, habían llegado a un punto de saturación sobre su malestar y se sentían poco o nada representados por partidos, sindicatos y demás canales altamente institucionalizados.

En efecto, uno de los eslóganes más repetidos durante las manifestaciones y concentraciones en distintas ciudades del 15M ha sido el de “no nos representan”, dirigido a los políticos que ejercen su labor en nombre de todos. Esa ha sido también una de las consignas más atacadas por parte de quienes acusan al 15M de ser un movimiento de corte populista y de impulsar la antipolítica. Pero, la gente del 15M no ha inventado nada. Como ya hemos mencionado, la sensación de lejanía entre políticos electos y ciudadanía es un lugar común cuando se habla de los problemas de la democracia y lo hemos expresado aquí mismo de diversas maneras en páginas anteriores.

Recordemos al respecto, que la idea original del sistema representativo es que las elecciones garanticen al máximo la cercanía entre los valores y los intereses de la ciudadanía y los perfiles políticos y las posiciones de los representantes. La base del poder y legitimidad de los políticos electos está en su representatividad, y ello deriva del proceso electoral.

La teoría política ha ido distinguiendo entre dos formas de representación. Por un lado, se habla de la representación-delegación que hace referencia a la capacidad de llevar a cabo un mandato, es decir, la capacidad de actuar para conseguir ciertos objetivos. Los políticos nos representarían en la medida en que “transportan” nuestros valores, nuestras demandas, nuestros intereses. Y, por otro lado, tendríamos lo que podríamos denominar como representación-fotografía, que se basaría en la capacidad de los representantes de encarnar lo más cercanamente posible al conjunto de los que pretenden representar. En ese sentido, la representación se basa en el parecido, en la capacidad de los políticos de parecerse a nosotros, a los que concretamente les votamos, en formas de vida, en maneras de pensar, en el tipo de problemas que nos preocupan. Las elecciones cubrirían ese doble objetivo de delegación y de parecido, y el grado de confianza que tendrían los políticos derivaría del grado en que se logre cubrir esas expectativas.

Con el grito “no nos representan”, el movimiento 15M advertía a los políticos que ni se dedican a conseguir los objetivos que prometieron, ni se parecen a los ciudadanos en su forma de vivir, de hacer y de actuar. El ataque es pues doble, a la delegación (no hacen lo que dicen) y al parecido (no son como nosotros). En este sentido, podemos entender que el movimiento 15M no estaba atacando a la democracia, sino que lo que estaba y está reclamando es precisamente un nuevo enraizamiento de la democracia en sus valores fundacionales. Lo que critica el 15M, y con razón, es que para los representantes el tema clave parece ser el acceso

a las instituciones, lo que garantiza poder, recursos y capacidad para cambiar las cosas. Para los ciudadanos, en cambio, el poder sería sólo un instrumento y no un fin en sí mismo.

En este sentido, Rosanvallon (2008) define el actual modelo de democracia como “democracia de elección”, entendiéndola como aquella centrada estrictamente en colocar en el poder a unas personas, o a desplazar del mismo a otras. Dados los problemas que venimos comentando de déficit de representatividad y de falta de confianza, ¿por qué no instaurar un sistema de “deselección” en que los ciudadanos pudiesen revocar su mandato si se sienten defraudados en sus expectativas? (lo que de hecho ya existe en California en forma de “recall”). La nueva época en la que estamos genera y precisa mecanismos de renovación más frecuente de la legitimidad, lo cual no debería forzosamente por una mayor frecuencia electoral, sino por incorporar más “voluntad popular directa” (consultas, debates,...) en ciertas decisiones.

El tema está en poder y saber combinar legitimidad electoral con legitimidad de la acción. Hasta ahora, esa legitimidad se conseguía en las negociaciones a puerta cerrada entre representantes políticos y también entre ellos y los intereses organizados. Ahora, la exigencia cada vez más presente y expresada asimismo con fuerza por el 15M es más transparencia y más presencia directa de la ciudadanía, sin que todo ello pase forzosamente por la intermediación de lobbies, sindicatos, patronales o cámaras de comercio. Antes, los políticos justificaban su privilegiada posición, por el hecho que tenían información, construían su criterio y tomaban decisiones con respaldo mayoritario de los representantes. Ahora, la gente, mucha gente, tiene información, construye su criterio y quiere participar directamente en las decisiones que les afectan a diario. Como ya hemos mencionado, lo que Internet y las TIC ponen en cuestión es la necesidad de la intermediación. Sobre todo, de la intermediación que no aporta valor y que, además, en el caso de los políticos, goza de privilegios que ya no se consideran justificados (inmunidades, regalías,...).

Por otro lado, sabemos que el núcleo duro de la abstención, se concentra normalmente en los barrios y lugares con menos renta, con menor nivel educativo, con peores condiciones de vida. Son voces no escuchadas, y por tanto con tendencia a ser desatendidas. Necesitamos pensar no sólo en formas de mejorar la representatividad de los políticos, sino también en dimensiones de la representación que la hagan más compleja, más capaz de recoger la autonomía, la diversidad y la exigencia de equidad de las sociedades contemporáneas. Y, en este sentido, hemos también de valorar cómo influye Internet y la nueva época en protagonismos e identidades colectivas.

Se están produciendo asimismo cambios en la forma de representación y de visualización de esos movimientos. En efecto, uno de los problemas más recurrentes con los que se han enfrentado los integrantes y participantes en el 15M ha sido, y es, la falta de liderazgos claros, la falta de rostros con los que los medios de comunicación tradicionales pudieran identificar el movimiento. La ambigua expresión de “indignados”, ha sustituido a su vez la falta de identidad ideológica que permitiera colocar a los movilizados en alguna de las categorías programáticas a las que estamos acostumbrados en la contemporaneidad y que proceden de los dilemas ideológicos del “novecento”. Categorías que nos permiten reducir la complejidad de matices ideológicos de cada quién, situándolo en el “cajón ideológico” correspondiente. Es evidente que el calificativo de “indignados” no nos explica mucho sobre qué piensan y cuáles son sus coordenadas normativas o propositivas. Pero de lo que nadie duda, es de la

capacidad de sacudir y alterar la forma de entender el mundo y de relacionarse con el sistema político e institucional que ha impulsado el 15M.

Tenemos, como algunos han dicho, un movimiento en marcha que no se reconoce a sí mismo como tal movimiento, y cuyos componentes, además, presumen de no tener etiqueta ideológica convencional. Lo que está claro, es que expresan el sentido de frustración de muchos ante la tendencia a fragmentar comunidades, a convertir cualquier cosa en mercancía, a confundir desarrollo y realización personal y colectiva con capacidad de consumo. Es cierto, también, que hay evidentes amenazas a los niveles de vida y de derechos alcanzados, sin que los poderes públicos sean capaces de proteger a sus ciudadanos en una evidente pérdida de soberanía y de legitimidad democrática. No sólo no hay dimensión ética alguna en el capitalismo especulativo y financiero, no sólo corremos evidentes riesgos en la explotación sin límites de la naturaleza de la que procedemos y de la que formamos parte, sino que además están en peligro las promesas de que si nos portábamos bien, viviríamos cada vez mejor, seríamos más educados y gozaríamos de una buena salud.

La absoluta falta de control y de rendición de cuentas democrática de los organismos multilaterales y las agencias de calificación de riesgos, añadidas a las más que evidentes conexiones y complicidades entre decisores políticos y grandes intereses financieros, han provocado que, como hemos avanzado, por primera vez en mucho tiempo, en Europa, se conecte conflicto social y exigencia democrática, reivindicación de derechos y ataques contundentes a la falta de representatividad de los políticos. Tanto por su falta de respeto a los compromisos electorales, como por su fuero y sus privilegios.

Parece claro que mucha gente ha empezado a darse cuenta que la hegemonía neoliberal, a la que han servido en Europa sin reparo y sin apenas distinción, tanto conservadores como socialdemócratas, puede conducirnos, de persistir, a más y más pobreza y a un deterioro general de las condiciones de vida de amplísimas capas de la población. Y que, frente a ello, poco puede esperarse de un sistema político y de los grandes partidos que son mayoritariamente vistos como meros ejecutores de esas políticas. Y, en cambio, lo que ha permitido Internet, a coste muy reducido, ha sido conectar cabreos y acciones. Y de hecho, ahora se empiezan a recoger los frutos de esa masiva expresión o estallido de indignación que significó el 15M. Ha dejado una secuela de movimientos más vinculados a reivindicaciones sectoriales o concretas (contra los desahucios, contra recortes en educación o sanidad,...) que beben y se articulan de manera distinta a como lo hacían antes del 15M.

El zócalo en el que apoyarse ha sido por una parte el movimiento de cultura libre, con su habilidad de “retournement” que dirían los situacionistas, es decir, con su capacidad de hacer descarrilar, de reconducir y recrear todo tipo de producciones culturales y artísticas, rompiendo moldes y derechos de propiedad, compartiendo y difundiendo. Y, por otra parte, se ha aprovechado la gran capacidad de inventiva y de contracultura generada en América Latina, donde hace ya años probaron de manera directa y cruda las recetas neoliberales. El movimiento de cultura libre, con éxitos tan evidentes como Wikipedia, muestra la fuerza de la acción colaborativa y conjunta, sin jerarquías ni protagonismos individuales. Combinando el ideal de la igualdad, con la exigencia del respeto a la autonomía personal y a la diferencia. Cada vez más gente, más preparada, más precaria, con mejores instrumentos, más conectada, servirá de voz a esa gran masa de la ciudadanía que sabe que las cosas van mal y que la

situación actual no puede durar. Tratar de ponerle nombre al movimiento, tratar de identificarlo y encasillarlo, significaría ahora limitar su potencialidad de cambio y transformación.

En los últimos tiempos, se han ido dando pasos hacia escenarios de movilización global. El 15 de octubre del 2011, más allá de las cifras de asistencia en las 1000 ciudades de todo el mundo que se sumaron a la movilización, lo que pone de relieve es que se empieza a ser consciente que no hay solución a los problemas locales sin respuestas también a escala global. Los sucesos de la primavera árabe, del mayo español, o las secuelas diferenciadas pero similares en Israel, India o recientemente en Nueva York y en el conjunto de los Estados Unidos apuntan a algo más. La reciente convocatoria de huelga general (14N) en Portugal, España, Grecia, con seguimiento en Italia y Francia y otra decena de países, con la convocatoria por primera vez de la Confederación Europea de Sindicatos, ha supuesto asimismo una nueva vuelta de tuerca en esa lógica transestatal de movilización social. No podemos dejar de señalar asimismo lo que ha representado Wikileaks para despertar conciencias sobre la necesidad de transparencia (España es junto con Luxemburgo y Malta, uno de los tres países en la UE que no dispone aún de ley en este sentido), o lo que sigue haciendo Anonymous a nivel mundial con acciones de bloqueo o ataque cibernético.

Lo que está en juego, en efecto, es un problema estructural y global, no una simple y reactiva respuesta a la coyuntura de crisis en uno u otro país. Empieza a estar meridianamente claro que la que se ha roto de manera definitiva es la capacidad de los poderes públicos, de los Estados, para regular, ordenar y controlar la actividad financiera a escala mundial. Y no sólo eso. También está claro que los errores, la codicia y la inmoralidad de unos pocos acaba teniendo que ser alimentada y consentida por el dinero y los votos de la inmensa mayoría. Está en juego la forma en que entendemos la economía: como palanca de generación inagotable de riqueza para unos pocos, o como artificio humano para resolver necesidades también humanas. Como expresaba el movimiento “Occupy Wall Street”: “queremos unas políticas que sirvan para el 99% de la población y no para que estén al servicio del 1% más rico y poderoso”. Y eso, a diferencia de antes, no tiene por qué implicar más Estado o más subsidios, sino otra forma de entender lo público, lo colectivo, lo común.

La agenda de cambio hoy en cada uno de los países europeos precisa de una conexión con la agenda de cambio global. Parece necesario superar los límites de los Estados-nación, por arriba y por abajo. Por arriba, reforzando los espacios de decisión europeos, democráticamente representativos y responsables, que puedan responder al reto planteado por la especulación financiera y la codicia que operan sin reconocer fronteras ni gobiernos. Por abajo, poniendo en marcha proyectos y generando experiencias que demuestren que es posible vivir, relacionarse y subsistir de otra manera. Va tomando cuerpo la idea de que el conflicto ha sido y es económico y social, pero ahora es también un conflicto político. La crisis de la representación es global. No afecta solo a los grandes partidos españoles o europeos. La gente se pregunta con razón, ¿a quién representan los que dicen goberarnos en nombre de nuestros intereses? La dinámica presente en las acciones que se van sucediendo en Europa y en todo el mundo, insisten en la idea de no generar liderazgos representativos de las acciones. Y seguramente eso expresa la pretensión de buscar nuevas formas de organización y de acción democrática, más horizontales, más colectivas, conectadas a lo vital y emocional. Empieza a estar en juego una idea de lo común que quiere distinguirse con claridad de lo mercantil y de lo estatal.

Como ya hemos ido diciendo, lo que está en crisis es la propia lógica de intermediación y el conjunto institucional que se derivaba de esa arquitectura representativa. Probablemente es prematuro hablar de “movimiento”, en el sentido tradicional del término, pero nadie duda de que se trata de un fenómeno y una movilización política, impulsada esencialmente desde una reacción social en búsqueda de justicia y de respeto. Y esa es su fuerza moral, y esa es la fuerza que alimenta la dimensión global tanto del problema como de la respuesta.

¿Qué tiene que ver todo ello con los temas que aquí hemos ido apuntando, relacionados con la democracia y sus dilemas? Aún es pronto para sacar demasiadas conclusiones al respecto, pero parece indudable que nuevas formas de pensar como vivir, como hacer política y como tomar decisiones van a ir apareciendo.

V. Resistencias y alternativas transestatales: nuevos movimientos en un nuevo espacio

Tratemos de sacar algunas conclusiones sobre las características de estas nuevas formas de movilización social. Hasta ahora hemos venido afirmando que los movimientos sociales son una forma de acción política colectiva que implica la preexistencia de un conflicto que trata de resolverse a través de la movilización. Por tanto, hablar de movimientos sociales de *resistencia global* indica que para éstos algo anda mal en el nuevo orden global. Y es que, efectivamente, un movimiento social surge porque sus componentes creen que existen tensiones estructurales que generan la vulneración de determinados intereses —a veces muy concretos y otras difusos— y porque la voluntad de enfrentarse a esta vulneración no la asume ninguno de los otros actores colectivos existentes —ya sean partidos o grupos de interés—. El conjunto de personas insatisfechas con el orden social existente y con la forma en que pretenden regular y resolver los conflictos que de él emergen, se movilizan a través de formas organizativas apropiadas.

Las características de esas organizaciones destacan sus aspectos de horizontalidad (poca presencia de niveles jerárquicos), participación (más énfasis en la participación que en la organización), solidaridad (preocupación básica por la desigualdad), con un alto nivel de integración simbólica (mensajes claros y movilizadores) y un bajo nivel de especificación de roles (todo el mundo puede y debe hacer de todo). Y todo ello reforzado y amplificado por Internet y las redes sociales. Es cierto que la existencia de movimientos sociales no es nueva, pero sí lo son las condiciones que han motivado su aparición y, por tanto, las características organizativas y de movilización son también nuevas. Y hoy el escenario donde cabe enmarcar la movilización es en un *mundo global*.

Pero, antes de entrar de lleno al análisis de este movimiento cabe preguntarse: ¿Qué es la *globalización*? Ciertamente, existen múltiples definiciones de este manoseado concepto. Sin ánimo de agotar ni mucho menos el debate sobre el tema que desborda este capítulo, podemos apuntar algunos elementos. Según el Fondo Monetario Internacional la *globalización* es “la interdependencia económica creciente del conjunto de países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al mismo

tiempo que la difusión acelerada de la tecnología”. Con todo, a pesar de esta definición, acuñada por uno de los protagonistas de este proceso, existen otras menos neutrales. En esta dirección, uno de los teóricos de este tema, Ulrich Beck (1998), distingue entre los conceptos de *globalización*, *globalidad* y *globalismo* con el objetivo de acotar y reorganizar su campo de investigación.

Beck equipara el *globalismo* con la ideología y el discurso neoliberal, a saber, con esa jerga que celebra la “utopía del anarquismo mercantil del Estado mínimo” y del progreso lineal e ininterrumpido y que supone la aplicación de políticas de libre mercado y de desregulación. El segundo concepto, el de *globalidad*, se refiere al hecho de que vivimos en una “sociedad mundial” donde las fronteras se erosionan y existen múltiples interdependencias. Pero esta afirmación es válida en el caso de catástrofes ecológicas, en lo que respecta a la movilidad de flujos de capitales o en la penetración de los hábitos culturales patrocinados por los grandes grupos mediáticos, pero no lo es para la movilidad de la mano de obra, el disfrute de la seguridad social o el acceso a la educación. Es en este marco en el que también diversos teóricos señalan la progresiva “deslocalización” de los factores productivos y de la constante interacción entre lo local y lo global. Con todo, si bien ello puede ser cierto en algunos casos, en esta afirmación también podemos apreciar algún sesgo: a menudo son los ricos los que se globalizan y los pobres los que se localizan. Y cuando no es así –piénsese en los procesos migratorios– los primeros construyen muros de contención. Y, finalmente, por *globalización* se designan aquellos procesos que tienen como consecuencia que actores transnacionales se introduzcan en las capacidades de poder, en las orientaciones, identidades y redes de los Estados nacionales y de su soberanía y pasen a través de ellas.

De esta forma, los tres conceptos reseñados se refieren, sucesivamente, al discurso (el *globalismo*), a la interacción de los fenómenos en el espacio mundial (la *globalidad*), y a la desaparición de un orden político basado en la soberanía de los Estados (la *globalización*). Y, con ello, nos indican la aparición de *otra era*, con una nueva ideología (el pensamiento único), con un espacio político dilatado (la arena política es el mundo, a pesar de que ésta se haga cotidiana en lo local), y con un conflicto donde los actores políticos hegemónicos ya no son los Estados, sino que aparecen con fuerza empresas transnacionales, grupos de interés y organizaciones multilaterales que ponen en cuestión uno de los conceptos clave de la política de los últimos siglos, el de la soberanía nacional. Y nada mejor que pensar en Europa y en el proceso de construcción institucional, con sus idas y venidas, con sus *stop and go* para tenerlo claro.

Pero más allá de la definición de los conceptos expuestos y de la constatación de los cambios que se han producido durante los últimos tiempos, es preciso ver que este nuevo escenario ha producido una distribución regresiva del ingreso. Entre 1987 y 2011 el número de personas en situación de pobreza extrema ha aumentado considerablemente, siendo la distribución desigual de la riqueza la causa principal de muerte, desnutrición y hambre. Una distribución desigual que, durante las últimas décadas, ha sido negativamente dinámica: en 1960 el 20% de habitantes más ricos de la Tierra disponía de una renta 31 veces superior a la del 20% más pobre, mientras que en 1999 la renta del 20% más rico era 83 veces superior a los pobres (Ziegler, 2000:116), y desde esa fecha ha seguido aumentando la brecha en todo el mundo y también en Europa.

Pero ante esta constatación cabe preguntarse a quién (y cómo) es preciso pedir responsabilidades en un contexto definido por responsabilidades difusas, intereses opacos y actores que no están presentes en la escena pública. Ciertamente siempre existieron dificultades teóricas y prácticas para conciliar la afirmación de un poder estatal soberano con la idea democrática, pero hoy, en un orden de geometría variable y en cambio constante parece aún más difícil. Cómo exigir cuentas a quienes toman decisiones en nombre de otros. ¿Hasta qué punto puede plantearse ahora la democratización de un sistema político globalizado donde existen tantos déficits democráticos?

Hay quien expone que la globalización también aporta alguna oportunidad como, por ejemplo, las posibilidades que ofrecen los nuevos instrumentos técnicos de la información, que posibilitan la aparición de una ciudadanía más instruida, mejor informada y con mayor capacidad de amplificar sus puntos de vista y su presión. Así, a pesar de la mayor o menor voluntad institucional es cierto que cada vez más se crean redes horizontales que permiten la coordinación entre diversos grupos, el intercambio de flujos de información y la organización y desarrollo de acciones concretas. Esta coordinación se efectúa a partir de listas de distribución abiertas y de *webs* que centralizan la información de la acción —todo ligado por una amalgama de *links* por donde fluyen opiniones, contactos, información—. En este marco la acción coordinada es el resultado de la suma de las acciones previstas por cada uno de los grupos que intervienen y que, a partir de las líneas generales trazadas en los encuentros, ponen en marcha su creatividad y su capacidad organizativa de una manera completamente autónoma.

La perspectiva democrática en el debate sobre el papel de las TICs, nos conduce inevitablemente a temas como acceso y regulación, y es precisamente ese el ámbito en el que la política tradicionalmente se ha movido. Decía Laswell que política es la forma de decidir quién obtiene qué (acceso), cuándo y cómo (regulación). Y es por tanto “político” el debate sobre los conflictos que se están generando, cada vez con más frecuencia, entre quienes poseen posiciones ideológicas históricamente distintas, pero muy parecidas en su concepción del poder y las vías e instituciones adecuadas para la asignación de costes y beneficios, y aquellos que apuntan a formas alternativas potenciadas por el nuevo escenario que abre Internet. Me refiero a las versiones contemporáneas de conservadurismo-liberalismo y socialismo-socialdemocracia, igualmente atrapadas en el debate Estado-mercado, y las nuevas dinámicas sociales que buscan el escenario de “lo común” salir de ese dilema paralizante. La versión actual de la democracia, a la que ya hemos aludido, se mueve constantemente en los dilemas marcados por la evolución del estado liberal y su compleja y laboriosa democratización a lo largo de los siglos XIX y XX.

El llamado Estado Social de Derecho, o Estado de Bienestar, expresó el acuerdo histórico entre la economía de mercado y el “necesario” intervencionismo estatal como mecanismo equilibrador y redistributivo. Y Europa es un buen ejemplo de ello. Pero, la crisis actual de ese modelo, a la que ya le hemos dedicado espacio, y las nuevas perspectivas del cambio de era, abren caminos a formas alternativas de buscar una reformulación democrática que vuelva a buscar fundamento en la igualdad y en la justicia. La vía de “lo común” busca apoyos en las necesidades y no en el consumo, en el uso más que en el intercambio, en la convicción de que hay recursos suficientes para todos y no en la visión de la competencia

por recursos escasos, en una visión antropocéntrica de cooperación y no en la visión competitiva y racional-económica, en su preocupación por el “nosotros” y no en el énfasis en los recursos, en la capacidad de compartir desde la autonomía más que en la idea de autoridad que impone reglas frente al inevitable conflicto. Hay más preocupación por la posesión y el uso que por la propiedad.

La lógica de gobierno no se fundamenta, como decíamos, en los equilibrios entre el papel del Estado y el del mercado, sino en la idea del policentrismo, la descentralización y el acuerdo entre iguales preocupados por problemas comunes. Más cooperación, menos competencia. Más conservación y dinámica de resiliencia en los recursos y en la relación con el entorno que no la erosión, la explotación sin límites y la apropiación indefectible. Fijémonos que, a pesar del esquematismo forzoso de un tema que aún ha de desplegar todo su potencial, lo que parece evidente es que la perspectiva de lo común camina por caminos distintos a los que nos habíamos acostumbrado y que, ahora, muchos consideran como los únicos posibles.

El cambio tecnológico permite reforzar la democracia o incrementar las posibilidades de control y de restricción de las libertades. Puede, en este sentido, potenciar y extender esferas de intervención ciudadana más directa y más relacionada con el cambio y la transformación de las condiciones de vida de la inmensa mayoría, o puede convertirse en un nuevo instrumento de explotación y sumisión. En ese dilema, el espacio de lo común despliega todas sus potencialidades, ya que evita la dependencia estatocéntrica de cualquier avance social, y elude asimismo la conexión estrictamente mercantil de cualquier posibilidad de emancipación.

Ampliar, extender lo común, puede permitir extender, ampliar las salvaguardias de una mayor autonomía social en que las potencialidades tecnológicas ya mencionadas puedan desplegarse. Podemos imaginar una alternativa al dilema estricto mercado-Estado fundada sobre lo común, utilizando el ecosistema como modelo, en el que una comunidad de individuos y de grupos sociales se entrelazan por conexiones horizontales de reciprocidad a través de redes que mantienen la dispersión del poder. Ni jerarquía ni competencia, sino participación y colaboración. Con un papel de ciertas prestaciones y capacidades del mercado que pueden ser perfectamente compatibles con lo que estamos describiendo. Con un rol del Estado de naturaleza muy distinta a la actual. Más de garantía que de jerarquía. Más de colaborador que de decisor. Es por ello que cada vez más el tema de los **bienes comunes** aparece como referencia para muchos de los nuevos movimientos sociales en Europa.

VI. Elementos de conclusión y síntesis

Bajo los parámetros de la sociedad industrial clásica la política europea se caracterizó, entre otras muchas cosas, por dar lugar a unos procesos de gobierno y elaboración de políticas basados en *dilemas* bien establecidos:

- a. La divisoria entre una esfera pública que entendía el voto como mecanismo suficiente generador de representación política, y una esfera privada, como ámbito de relaciones sociales opacas a la política.

- b. Los grandes temas de la política giraban casi en exclusiva en torno al eje socioeconómico (crecimiento y distribución); las formas de acción colectiva se vehiculaban también de forma casi exclusiva por los partidos de masas y por sindicatos poco autónomos de la lógica partidista, y todo ello se entendía como expresión de los intereses homogéneos de grandes agregados sociales o de clase.
- c. Por último, el predominio del ámbito estatal-nacional en el entramado de poderes territoriales es casi absoluto; tanto en la regulación, como en las políticas de bienestar.

En definitiva, en todos estos años se fueron cristalizando procesos de gobierno que ponían más el énfasis en la delegación y en formas de acción política que suponían una adscripción social muy definida, sin demasiado énfasis en la reflexión y el debate. No es extraño que todo ello acabe generando rendimientos muy previsibles, profesionalizados y estandarizados.

A lo largo de las últimas décadas, estos elementos quedan sometidos a *fuertes presiones de cambio*. De forma acelerada, aunque desigual, van apareciendo nuevas formas de articular las políticas. Los esquemas clásicos de gobierno transitan hacia un escenario más complejo que se ha venido denominando como de gobernanza (*governance*).

- En efecto, por una parte, coexisten espacios mercantilizados y de presencia pública, con nuevos debates sobre lo que entendemos por “público”, por “común”, cual es el tamaño adecuado de la intervención de cada quién, con nuevos *conflictos entre regulaciones públicas y no públicas, no sólo mercantiles, también asociativas y comunitarias*, compitiendo por unos mismos espacios. La capacidad de gobernar ya no fluye desde un solo centro de poder, desde una sola dirección, única y autoritaria, desde los decisores públicos hacia los ciudadanos y el tejido social. Estos demandan espacios de implicación y compromiso de nuevo tipo, tanto en la definición de problemas y políticas, como en la gestión de programas y servicios.

- Por otra parte, y en estrecha relación con lo anterior, *las formas de acción colectiva ganan en pluralismo y heterogeneidad*. Hay más actores y son más diversos. Surgen actores con lógicas de funcionamiento autónomas respecto de los partidos tradicionales: grupos de presión emergentes, movimientos sociales de nuevo tipo, redes críticas, grupos comunitarios, multiplicidad de ONGs. Buena parte de estos actores ejercen presiones para que se reconozcan nuevos temas, o nuevos formatos para viejas cuestiones como la desigualdad, temas que empiezan a ocupar espacios cada vez más importantes en las agendas públicas y de gobierno.

- Y por último, el tradicional monopolio del Estado-nación se transforma en beneficio de un entramado institucional más complejo, con nuevos equilibrios territoriales de poder de los que la UE es un buen y complejo ejemplo. Las cosas son cada vez más globales y locales a un mismo tiempo. Y ello es así tanto en los aspectos más estratégicos, más de sistema político, como en los aspectos más concretos, que afectan a políticas concreta. Las crisis ecológicas, los conflictos interétnicos, la falta de resortes para el desarrollo humano o los mercados financieros, requieren la progresiva construcción de capacidades de gobierno europeo y global; por otra parte, la minimización de residuos, la inserción social de los inmigrantes o la prevención de la fractura digital, por poner sólo algunos ejemplos, requieren el fortalecimiento de las esferas locales de gobierno (Borja y Castells, 1998). Cada vez más el *eje local-global*, en sus distintas coordenadas intergubernamentales, se configura ya hoy como un espacio de

regulación social tan o más potente que el ámbito clásico del Estado-nación.

Finalmente, a la vista de lo expuesto, parece que la aparición de las redes de movimientos globales y locales contradice la hipótesis elaborada a inicios de los años noventa. Se decía entonces que los “novísimos” movimientos sociales (pensando básicamente en la mayoría de las ONG’s que aparecieron entonces) habían debilitado su enfrentamiento con las instituciones políticas y que, fruto de ello, estos movimientos de nuevo cuño focalizaban sus reivindicaciones en un problema particular, renunciando a respuestas globales, a la par que pretendían asumir funciones dirigidas al bien común en alguno de sus variopintos “nichos” o ámbitos de acción.

Frente a la hipótesis expuesta, parece emerger otra que apunta a la aparición y consolidación de nuevos movimientos de carácter más integral o holístico, que presentan un discurso más confrontativo y global, pero que al mismo tiempos están presentes en su ámbito más cercano, dedicándose a satisfacer y paliar las necesidades generadas por la vulneración de derechos y activos en el espacio inmediato en que están cotidianamente insertos.

Así las cosas, aparecen nuevamente dos cuestiones recurrentes en el estudio de este tipo de actor colectivo. Por un lado, la dificultad de distinguir en los movimientos sociales entre “el todo” y “las partes” y, por otro lado, la complejidad y simultaneidad de intereses e identidades que tienen cada uno de sus miembros. Para terminar, sólo cabría exponer la dificultad de clasificar estos movimientos en base a una lógica temática, pues si bien cada uno gravita al rededor de una demanda concreta (el medio ambiente, los derechos humanos, el género, la defensa de la sanidad o educación públicas, la neutralidad de la red, la lucha por una vivienda digna, etc) la lógica de sus discursos es transversal. Es decir, cada uno de los movimientos utiliza una de las reivindicaciones expuestas para luego desarrollar un discurso más genérico. **Se trata, más que de desafiar al mercado y al Estado y dominar sus resortes, de generar espacios de autonomía, de reafirmar la legitimidad de formas plurales de vida y de convivencia, aunque se alejen de lo visto como convencional por la mayoría de la sociedad asentada.**

De momento hay mucho más de resistencia que de proposición coherente, pero ello no tiene por qué ser visto como una debilidad. Los gobiernos, los parlamentos, los partidos políticos, han actuado y actúan de manera dispersa, y sin despegarse de sus ataduras territoriales y competenciales. Las nuevas tecnologías han ayudado a financieros y empresarios globales a superar sin problemas fronteras, legislaciones y todo tipo de límites sociales o fiscales en sus aventuras económicas. Frente a ello surgen movimientos de resistencia y de alternativa de escala europea o global, que aprovechan asimismo las nuevas potencialidades para denunciar el fraude fiscal, los paraísos fiscales o la especulación financiera y la captura que ejerce el sistema financiero sobre las instituciones políticas. **Las nuevas realidades, las nuevas formas de conflicto, la dificultad de mantener respuestas convencionales, nos sitúa en los prolegómenos de lo que parece una revisión radical del funcionamiento de los partidos, de los sindicatos y de las propias estructuras de poder del estado y del resto de instituciones políticas, y, al mismo tiempo, en la posibilidad de reformulaciones radicales de la democracia, entendida en su componente de igualdad y de justicia social.** Quizás es cierto que no hay aún relatos políticos que, desde los parámetros tradicionales, puedan considerarse como solventes, pero su influencia parece crecer, **y esa sí que es una realidad**

más allá de los interrogantes que plantea su enorme pluralidad, sus fuertes dosis de anonimato, y su aparente aislamiento. En definitiva, a la pregunta de si estamos a la las puertas de otras formas de hacer política, o sólo asistimos a formas distintas de las viejas maneras de expresar insatisfacciones, todo parece apuntar a que nuevos tiempos nos exigirán no sólo nuevas respuestas, sino también que reformulemos las preguntas.

VII. Referencias Bibliográficas

- BAUMAN, Z. (2012) “Times of Interregnum”, en *Ethics and Global Politics*, Vol.5, n.1, pp. 49-56.
- BECK, U. (1998) ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas de la globalización. Barcelona: Paidós.
- BENKLER, Y. (2006) *The Wealth of Networks: How Social Production Transforms Market and Freedom*, Yale University Press, New Haven.
- BORJA J. y CASTELLS M. (1998) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.
- CACIAGLI, M. (1991) ¿ Condennada a gobernar? La democracia cristiana en el sistema político. WP, ICPS, 41. Barcelona.
- CASTELLS, M. (1998) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol, 2. Madrid: Alianza.
- CROUCH, C. (2004) *PostDemocracy*, Polity, Londres.
- DALTON, R. y KUECHLER, M (1992) *Los nuevos movimientos sociales*. València: Alfons el Magnànim.
- DELLA PORTA, D. (2000) *Social Movement and Representative Democracies: At turn of the of Millenium. The Italian Case*. Santiago de Compostela: Paper presentado en el Congreso Europa Mundi.
- DELLA PORTA, D. y Diani, M (1999) *Social Movements*. Oxford: Blackwell.
- ERIKSEN E. y FOSSUM, J. (2000) *Democracy in the European Union. Integration through deliberation?* Londres: Routledge.
- FONT, J. (editor) (2000) *Ciudadanos y decisiones públicas*. Barcelona: Barcelona.
- HIRSCHMAN, A. (1991) *The Rhetoric of reaction*. Cambridge: Harvard University Press.
- IBARRA, P. y GRAU, E. (2000) *Una mirada sobre la red*. Anuario de movimientos sociales. Barcelona: Icària.
- IBARRA, P. y TEJERINA, B. (1998) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- JELLINEK, G. (1978) *Fragmentos de Estado*, Civitas, Madrid.
- KICKERT, K. (1997) *Managing complex networks*. Londres: Sage.
- KLEIN, N. (2000) “Como una nube de mosquitos” en *Viento Sur* nº 53: 57-66.
- LARAÑA, E. (1999) *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza.
- MARSH, D. (1997) *Comparing policy networks*. Londres: Open University Press.
- MCADAM, D.; MCCARTHY, J. y ZALD, M. (1999) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.

- MONEDERO, J.C. (1999) “Apocalípticos e integrados frente a la globalización” en: *Revista de Libros* n° 27.
- MONEREO, M. y RIERA, M. (editores) (2001) *Porto Alegre. Otro mundo es posible*. Barcelona: Viejo Topo.
- OFFE, C. (1988) *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- PUTNAM, R. (1993) *Making democracy work*. Princeton: Princeton University Press.
- RADAELLI, C. (1997) *The politics of corporate taxation in the EU. Knowledge and international policy agendas*. Londres: Routledge.
- RIECHMAN, J. y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1994) *Redes que dan libertad. Una introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós.
- ROSANVALLON, P. (2006) *La contre-démocratie*, París, Seuil.
- SABATIER P. y JENKINS-SMITH, H. (1993) *Policy change and learning. An advocacy coalition approach*. Oxford: Westview Press.
- TARROW, S. (1997) *Poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política de masas en el estado moderno*. Madrid: Alianza.
- XCADE (2001) *La Consulta social per l’abolició del deute extern* Barcelona: Mediterrània.
- WALZER, M. (2001) *Guerra, política y moral*. Barcelona: Paidós.
- ZIEGLER, J. (2000) *La fam al món explicada al meu fill*. Barcelona: Edicions 62.